

COMENTARIOS AL EVANGELIO DE SAN MATEO
CAPÍTULO DÉCIMO TERCERO: 12
Padre Arnaldo Bazán

"Entonces despidió a la multitud y se fue a casa. Y se le acercaron sus discípulos diciendo: "Explícanos la parábola de la cizaña del campo". El respondió: "El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre; el campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del Reino; la cizaña son los hijos del Maligno; el enemigo que la sembró es el Diablo; la siega es el fin del mundo, y los segadores son los ángeles" (13,36-39). Esta escena se sitúa en Cafarnaum, donde Jesús contaba con una casa, posiblemente de alguno de los apóstoles, donde poder descansar y estar a solas con sus apóstoles.

La palabra "discípulos" la podríamos entender en un sentido amplio, es decir, que en ella entrarían no sólo los apóstoles sino también otros muchos, incluyendo mujeres, que seguían a Jesús de cerca.

Con todo, esta vez parece referirse sólo a los apóstoles, pues una casa palestina de aquellos tiempos no era muy grande que digamos, sobre todo si se quería tener un poco de privacidad.

Y aquí, ya apartados de la multitud, estos discípulos, como en otras ocasiones, le piden a Jesús que les aclare la parábola de la cizaña.

Si esto le ocurría a ellos, ¿qué sería a aquellos que no podían estar tan cerca de Jesús para pedirle una aclaración?

Debemos reconocer que la gente que seguía a Jesús, en general, era pobre e ignorante.

Gente trabajadora que, en su mayoría, no sabían leer ni escribir, lo que era común en aquellos tiempos.

El que no ha avivado su inteligencia con el estudio, difícilmente entiende muchas cosas, sobre todo cuando se trataba de algo tan nuevo como era la enseñanza de Jesús.

De ahí que no debemos extrañarnos de que aquellos hombres rudos, pues fuera de uno o dos, los demás eran pescadores o se ganaban la vida con duros trabajos, no pudieran entender mejor lo que Jesús decía que los de la multitud.

El mismo Jesús, en su naturaleza humana, no habría tenido muchas oportunidades de aprender, pues en Nazaret el "hijo" de un trabajador, y luego obrero él mismo, apenas llegaría a conocer los rudimentos del saber.

Con todo, eso no significa que tanto Jesús como los apóstoles no fueran inteligentes. La inteligencia se aguza con la observación, y podemos ver que el Maestro hablaba de todo con propiedad. ¿Usaba para ello de su ciencia divina o sólo de su inteligencia natural humana?

Esto es algo que nunca podremos responder totalmente. Lo cierto es que los alumnos tampoco eran de los mejores. El los escogió no porque fueran sabios, sino porque eran seres humanos, llamados a completar la labor de salvar la humanidad a pesar de su torpeza.

Arnaldo Bazán